



10. LA TEORÍA DE LAS GENERACIONES EN LA CRÍTICA DE LA POESÍA CHILENA

Naín Nómez¹

|

Recuerdo que en los años sesenta, el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, como otros centros de estudios superiores de la época, vivieron una especie de Edad de Oro en la que coexistieron el intercambio democrático del conocimiento creativo, con una energía vital de estudiantes y profesores (la razón vital de la época, diría Ortega), que reverberó en un ambiente de amistad, diálogo, discusión política, académica y cultural, tal vez única en la historia de nuestra academia.

En 1964, después de haberme recibido en una especialidad comercial en un Instituto de provincia, llegué al Pedagógico a estudiar Filosofía, descubriendo con asombro un micromundo heterogéneo y fascinante, donde convivían estudiantes de diversas clases sociales, intereses, edades y capacidades. En mi clase había un sinfín de profesionales: ingenieros, arquitectos, psicólogos, periodistas, traductores, bioquímicos, profesores y también estudiantes que venían asomando como yo. La gama de los académicos era tan variada como la de los estudiantes: Juan Rivano, Félix Swarztmann, Humberto Giannini, Gastón Gómez-Lasa, Armando Cassigoli, Cástor Narvarte, Gerold Stahl, Joaquín Barceló, Antonio Skármeta, Juan de Dios Vial Larraín, Mauricio Wacquez, todos nombres ilustres de variada prosapia ideológica y cultural. Es cierto que todavía imperaba el machismo y las mujeres brillaban por su ausencia, pero esa es otra historia. Entre estos profesores estaban también Jorge Millas y Francisco Soler, con quien seguí varios seminarios de filosofía

¹ Ph.D. por la Universidad de Toronto, Canadá. Profesor Emérito de la Universidad de Santiago de Chile. nainnomez@gmail.com

contemporánea. Millas, Narvarte y Soler, directa o indirectamente estaban ligados a la enseñanza de Jean Paul Sartre, Martín Heidegger y José Ortega y Gasset, que eran los filósofos en boga en Chile en esos años. Esta vigencia filosófica, especialmente la de Ortega, tuvo mucho que ver con el magisterio que ejercía Soler sobre los estudiantes a través de seminarios cuyas discusiones se extendían a veces hasta la madrugada. Sobre ello ha abundado muchas veces el académico Jorge Acevedo, su discípulo más directo. Posteriormente, con el ojo bizco aún puesto en la filosofía (mis primeras clases fueron a comienzos de los setenta en la Universidad Técnica del Estado), me desvié hacia la literatura, en donde el profesor Jorge Guzmán, relacionaba la filosofía con la literatura en sus clases de Estética Literaria en el Departamento de Castellano. Desde esos años, aunque sólo releí esporádicamente a Ortega, conservo hasta hoy esas ediciones amarillas de la Revista de Occidente, además de algunos de los trabajos que le endilgué a mis profesores y en mi memoria, las clases de Paco Soler, casi tan ensayísticas y poco convencionales como las reflexiones del filósofo español.

II

Pero nuestros tiempos son otros. Nuestros filósofos pasaron de moda y nosotros también. Del antiguo esplendor del Pedagógico sólo quedan sus vetustos edificios y de los diálogos socráticos en los patios solo la gélida doctrina del tecno neoliberalismo. Es de rigor recordar que en esos mismos años sesenta, la teoría de las generaciones propuesta por Ortega ya en los años veinte del siglo pasado, se había convertido en una propuesta histórica generalizada para abordar la literatura latinoamericana y chilena. Hay que agregar, que el planteamiento está inscrito en los primeros esbozos de su libro *España invertebrada* publicado en 1921 y puesto en conferencias ya en 1914, donde se señala que “la estructura de la vida se

transforma siempre de quince a veinte años" (Ortega y Gasset, 1964, pág. 21) y luego ratifica, "quince años no es una cifra cualquiera, sino que significa la unidad efectiva que articula el tiempo histórico y lo constituye" (Ortega y Gasset, 1964, pág. 21). Pero será sobre todo en *El tema de nuestro tiempo* de 1923, donde el filósofo se explaya sobre el tema en el capítulo titulado "La idea de las generaciones", para posteriormente dedicarle al mismo tres capítulos de su obra *En torno a Galileo* de 1934, en donde ratifica sus juicios con ejemplos tomados especialmente del periodo del Renacimiento. En el libro de 1923 ya citado, plantea:

Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre (el) que ésta ejecuta sus movimientos (Ortega y Gasset, 1923, pág. 7).

Ortega trata de darle cierto espesor a su concepción histórica, indicando que "cada generación representa una cierta actitud vital", que "las generaciones nacen unas de otras" y que "la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior" (Ortega y Gasset, 1923, pág. 9). Así cada generación recibe lo vivido de la anterior, al mismo tiempo que deja fluir su propia espontaneidad. En este sentido, hay generaciones *acumulativas* y generaciones de *combate o polémicas*.

En su libro de 1934, *En torno a Galileo*, el filósofo explicita y concreta su planteamiento sobre la idea de generación. Indicará que:

El hecho más elemental de la vida humana es que unos hombres mueren y otros nacen- que las vidas se suceden...esto significa que toda actualidad histórica...envuelve en rigor tres tiempos distintos. "Hoy" es para unos veinte años, para otros cuarenta, para otros sesenta, 1933 parece un tiempo único, pero en 1933 vive un muchacho, un hombre maduro y un anciano...es la unidad de un tiempo histórico de tres edades distintas (Ortega y Gasset, 1959, pág. 39).

Independientemente de que la vida humana se ha extendido hoy día mucho más allá del tiempo que pudo contabilizar Ortega, el autor intenta a partir de ciertas críticas que se le hicieron, explicar de una manera más consistente su idea de generación. Agrega que el concepto implica tener la misma edad y algún contacto vital, lo que se resume en comunidad de fecha y comunidad espacial. Tener la misma edad no significa para él, una fecha, sino una “zona de fechas” y aunque se está adscrito a una generación, la generación no está en cualquier parte, sino entre dos generaciones determinadas. A juicio de Ortega, “la realidad histórica está... en cada momento constituida substantivamente por la vida de los hombres (sic), entre treinta y sesenta años” (Ortega y Gasset, 1959, pág. 57). Esto, que fue considerado como una sola generación homogénea, debe ser rectificada, ya que, señala el filósofo, los que representan el saber establecido tienen entre 45 y 60 años. En cambio, los que tienen entre 30 y 45 representan las nuevas ideas, los que acceden al sistema. Para resumir, Ortega indica que hay dos etapas distintas, cada una de quince años: de 30 a 45 que representa la etapa de gestación, creación o polémica y de 45 a 60, sería la etapa de predominio o mando. Ambas generaciones no se suceden, sino que se solapan o empalman, ya que actúan al mismo tiempo. Una diferencia importante con nuestra época, lo constituye el hecho de que para Ortega:

En comparación con otras edades, los mayores de sesenta años son muy pocos [...] *El anciano*, es por esencia, un superviviente... se recurre al anciano precisamente porque *ya no vive en esta vida, está fuera de ella, ajeno a sus luchas y pasiones*. Es superviviente de una vida que murió hace quince años” (Ortega y Gasset, 1959, pág. 60, los subrayados son nuestros).

No sé qué dirían al respecto la mayoría de nuestros premios nacionales y varios premios nobeles. El caso es que hoy día a los sesenta años muchos artistas, escritores y científicos están en plena producción y la categoría de “sobreviviente” se ha alejado cada vez más hacia un incierto futuro.

Posteriormente, el autor origina un enrevesado y complicado procedimiento, que ejemplifica con el periodo final de la llamada Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna, periodo este último que hace coincidir con la aparición de filósofos, científicos, artistas y escritores importantes y que aquí nos parece menos relevante y más discutible.

III

La aplicación del método generacional en la literatura latinoamericana y chilena tuvo un gran auge en los años sesenta, especialmente cuando el crítico cubano vecindado en los Estados Unidos y profesor de Yale, J. J. Arrom publica su *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Estudio de un método* (1963), libro donde consolida el sistema orteguiano. Sin embargo, con bastante antelación ya se habían referido a la tendencia historicista generacional, de manera fundamental, el dominicano P. Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1949) y *Obra crítica* (1960), el argentino E. Anderson Imbert en *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954), el cubano J. A. Portuondo con *La historia y las generaciones* (1958) y el chileno C. Goic en "La novela chilena actual: tendencias y generaciones" (1960), quien lo ha continuado utilizando en diversos estudios más actuales. Con posterioridad y aplicado con mayor énfasis en la narrativa, este método ha seguido siendo fructífero para una buena cantidad de críticos latinoamericanos y especialmente chilenos hasta el día de hoy².

Sin embargo, ya en esos días se levantaban voces críticas que abogaban por una metodología de análisis más ligada a la realidad latinoamericana que

² Más adelante nos referiremos de manera más específica a los críticos chilenos que han utilizado y siguen utilizando con variaciones el método orteguiano.

considerara los contextos continentales y nacionales, así como la especificidad de las escrituras locales. Uno de los primeros en plantearse esta tarea fue el mexicano A. Reyes al referirse en *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* (1963) a una literatura ancilar (instrumental dirá Portuondo), o híbrida, que sería parte de lo específicamente latinoamericano. Al respecto, el cubano R. F. Retamar, quien también hace un análisis sobre la teoría de las generaciones, exponía ciertos matices ya en 1957, en un texto retomado en 1975 y más tarde en 1995, que tituló *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* (1975; 1995). Indicaba ya en la primera edición:

He mencionado la palabra “generación”, costumbre de estos días y cabeza de turco o de trucos para tantos. Debo decir que creo en su existencia, creo que en ellas se articula la historia, y creo también, pues de lo contrario me parecen sin sentido, en esa órbita sugerida por Ortega, de aproximadamente quince años –no los que satisfagan al manualista de turno, ahora diez, ahora treinta-. Pero considero prudente recordar que, en oposición a lo que algunos vienen repitiendo, las generaciones no se separan tajantemente... Lo cierto es que, si las generaciones, como creo, tienen una realidad histórica, *son* la realidad histórica, esa realidad es morfológica y no valorativa; implica diferencias de forma, no de calidad. Haber nacido veinte años antes o veinte años después no *obliga* a ser mejor ni peor: simplemente supone distintas formas [...] Toda generación busca (y encuentra) en las anteriores aquellos valores que prefiere; son hombres los que alcanzan esos valores, y a ellos se vuelve (Retamar, 1975, pág. 11).

Y luego agregaba en 1975 que “hoy veo todavía más como se interpenetran las generaciones en las épocas” (pág. 11), poniendo el ejemplo de la relación de la obra *Estravagario* de P. Neruda (1958) con la producción de N. Parra en sus *Poemas y antipoemas* (1954). Y termina: “Por lo tanto, cuando me valgo del término *generación*, voy a utilizarlo sin ningún sectarismo cronológico, y teniendo en cuenta la existencia de esas épocas poética en el interior de las cuales se interpenetran” (Retamar, 1995, pág. 162).

IV

Probablemente el discípulo más actual de Ortega en la crítica latinoamericana y chilena sea C. Goic, a quien ya mencionamos con anterioridad. Sus análisis adoptando el método orteguiano se inician con su tesis doctoral, sus clases en la universidad desde 1955 y más tarde en el trabajo sobre la novela chilena publicada en 1960 en el libro *Estudios de lengua y literatura como humanidades* (Alliende, Lastra & Goic, 1960). Su aplicación se da fundamentalmente en la narrativa latinoamericana y chilena en obras como *La novela chilena* (Goic, 1968) e *Historia de la novela hispanoamericana* (Goic, 1972). En este último estudio desarrolla una serie de conceptos que van a enriquecer el método generacional, instalando dos modos de representación que corresponden a la época moderna (el modo realista) y a la época contemporánea (el modo superrealista), cada uno con sus propias características. A cada época le corresponden una serie de periodos y a cada periodo una serie de tres generaciones. De este modo a la época moderna representado por los periodos del neoclasicismo, el romanticismo y el naturalismo le corresponden 9 generaciones y a la época contemporánea representada por el periodo superrealista (a la fecha del libro) le corresponden solo 4 generaciones. Cada época, periodo y generación tiene sus propias características y en cada una de ellas se analizan aspectos como la estructura del narrador, la perspectiva, la disposición, los modos narrativos, el temple de ánimo, el lenguaje y las formas que asumen el tiempo y el espacio.

En un libro publicado en Madrid, el cual se titula *Brevísima relación de la historia de la novela hispanoamericana* (Goic, 2009), el autor muestra hasta donde ha venido afinando su metodología generacional. Desde luego, desde su punto de vista, estos lineamientos son también válidos para la poesía latinoamericana y

chilena, aunque en su caso la aplicación no se extrapola metódicamente³. Dentro de sus trabajos, la poesía recibe una atención más tangencial, aunque en esta línea ha explorado la producción de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Oscar Hahn, a lo menos. Pero también ha escrito reseñas sobre poetas como Diego Dublé Urrutia, Braulio Arenas, Angel Cruchaga Santa María, Humberto Díaz Casanueva, Stella Díaz Varín, Rosa Cruchaga de Walker, Escilda Greve, Samuel Lillo, Mahfud Massís, Luis Oyarzun, Rosamel del Valle y Sara Vial entre muchos otros y siempre desde su foco epocal.

Entre los discípulos y seguidores de la teoría generacional de Ortega, reciclada por Goic, se pueden contar una serie de connotados críticos nacionales, que han seguido con mayor o menor devoción sus huellas. Entre ellos cabe citar a M. Rodríguez Fernández, quien la aplica tempranamente a la poesía en su libro *El Modernismo en Chile y en Hispanoamérica* (1967) y esporádicamente en otros textos más recientes; P. Lastra para el cuento hispanoamericano en "Notas sobre el cuento hispanoamericano del siglo XIX (1963); Grínor Rojo en el teatro en su texto *Los orígenes del teatro hispanoamericano contemporáneo. La generación de dramaturgos hispanoamericanos de 1927. Dos direcciones* (1972); J. Promis en su análisis de la novela, el testimonio y la poesía en diversos libros y artículos, especialmente en *La novela chilena. Orígenes y desarrollo* (1977). Lo mismo ocurre de manera más dispersa y tal vez menos evidente en las historias literarias, desde el ya vetusto pero útil *Panorama literario de Chile* de R. Silva Castro (1961),

³ Pensamos que, en el caso de la poesía, se trata de una aplicación más lejana. Aunque no corresponde aquí especificar las razones, dentro de una generación o promoción poética pueden escribir poetas de muy distinto signo estético, político o estilístico. Por ejemplo, si consideráramos el año 1953 como el momento de madurez de una generación poética, tendríamos en Chile, sensibilidades y estéticas tan diferentes como las de Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Jorge Teillier, Stella Díaz Varín, Armando Uribe, Miguel Arteche, Delia Domínguez o Alfonso Alcalde.

pasando por la *Historia y antología de la literatura chilena* de H. Montes y J. Orlandi (1955) que parte en 1955 y a la fecha lleva ya más de 10 ediciones, e incluyendo la *Historia ilustrada de la literatura chilena* en dos tomos realizada por Zig Zag en 1985 con varios investigadores y donde la teoría de las generaciones es central. Por último citamos la *Historia de la literatura chilena* en dos tomos de M. Fernández (1994), en la cual el autor, desde su primera edición en 1994 hasta la tercera y última en el año 2007 y sin dejar de utilizar el método generacional, ha llegado a cubrir hasta las últimas generaciones. Hay que agregar que gran parte de las antologías de poesía del país, también utilizan esta metodología de manera parcial o total y casi todas ellas parten de la fecha de nacimiento como ordenación cronológica de su estructura.

V

Un crítico que ha trabajado mayormente en estudios poéticos chilenos es J. Villegas, para quien la teoría generacional tiene un valor importante como método de estudio, siempre que se tengan ciertas precauciones. Al respecto en su libro *Estudios sobre poesía chilena* indica:

Aunque los estudios de Cedomil Goic y Mario Rodríguez son admirables desde la perspectiva que proponen resultan finalmente insatisfactorios, tanto para el género particular –la novela– en la cual han obtenido los mejores resultados y menos reveladores en cuanto a una historia de la poesía chilena (Villegas, 1980, pág. 44).

Y agrega:

El determinismo implícito en la teoría propuesta por Ortega y seguida por Arrom, Goic y seguidores no considera la variabilidad e impredecibilidad de la historia, los factores alterantes de un proceso histórico o histórico literario, la diversidad de condiciones históricas en los diversos países, la evolución discontinua de los factores sociales y económicos en las distintas zonas de América Latina (pág. 45).

J. Villegas retoma el tema en su libro *Teoría de historia literaria y poesía lírica* (1984), donde escribe acerca de la periodización como problema de las historias literarias y da cuenta de dos debilidades del planteamiento orteguiano: 1.- La relación que establece el filósofo entre etapas y funciones de la vida humana relacionado con las 5 edades: niñez, juventud, iniciación, predominio y vejez, lo que correspondería a su juicio a un determinismo histórico que deforma la realidad. 2.- La segunda debilidad se refiere a la idea de la generación de iniciación y de predominio que van de los 30 a los 60 años. El autor aduce que los tiempos han cambiado y hoy también tienen importancia los menores de 30 años y los mayores de 60. Finalmente J. Villegas no desecha la teoría generacional, pero la reforma a partir de algunos planteamientos de L. Goldmann⁴, indicando que “el postulado de una visión de mundo dominante no puede afirmarse necesariamente como la de todo un periodo o de un amplio sector social” (Villegas, 1984, pág. 27). Y ratifica que “la comunidad de una serie de escritores en cuanto visión de mundo origina coincidencias en las estructuras esenciales de sus obras, aunque no signifique una igualdad de las mismas [...] El postulado de una visión de mundo dominante no puede afirmarse necesariamente como la de todo un periodo o de todo un amplio sector social” (Villegas, 1984, pág. 26-27).

En la actualidad y a partir de lo anterior, no cabe duda de la importancia que la teoría de las generaciones orteguiana ha tenido para la teoría crítica literaria en América Latina y especialmente en Chile, ya que después de 100 años de su puesta en práctica aún sigue vigente. Al margen de las transformaciones sugeridas por J. Villegas (y anteriormente por F. Retamar), la discusión sobre sus méritos no se ha terminado y todavía en el año 2010 un crítico seguidor de C. Goic, M. Jofré (2010),

⁴ En relación con L. Goldmann, las ideas de Villegas son extraídas de *Cultural Creation* (Goldmann, 1976).

publicó un artículo titulado “La historia y las periodizaciones de la literatura latinoamericana y chilena en el siglo XX” en la revista *Mapocho* a propósito del Bicentenario donde reivindica el planteamiento de sus maestros y lo hace llegar hasta lo que él llama el ‘periodo postmoderno’ que se extiende hasta 2017 con una vigencia hasta... el 2039.

Sin duda respeto estos intentos y creo que el aporte de la teoría de las generaciones ha sido un avance de una enorme envergadura para intentar ordenar el panorama de la literatura moderna y contemporánea en el continente y en Chile. Pero por la misma significación que ha tenido, no puede dejar de ser una contribución sujeta a los cambios de la historia y donde la especificidad de lo ‘latinoamericano’, de las formaciones sociales, de la clase, la raza, el género, el territorio y otras variables, inciden y producen diferencias, alteraciones, cambios que desperfilan la idea de periodo o de generación. Si no, costaría explicar la coexistencia generacional de poetas que pertenecen a la vanguardia chilena y aunque tienen elementos comunes por ser parte de un tiempo determinado, tienen producciones tan disímiles en estilo, propuestas formales, significaciones, escrituras, estrategias textuales o contextos, tales como Vicente Huidobro, Gabriela Mistral y Pablo de Rokha. Con mayor razón si ampliamos el criterio generacional hacia América Latina e incluimos a Jorge Luis Borges, Nicolás Guillén, César Vallejo, Oliverio Girondo o Xavier Villaurrutia. Lo mismo podría decirse del periodo de la postvanguardia o neovanguardia de los cuarenta y cincuenta del siglo XX: Como ya hemos señalado, ¿qué tienen en común además de criticar a la vanguardia, Enrique Lihn, Jorge Teillier, Alfonso Alcalde, Enrique Lihn, Miguel Arteche, Delia Domínguez, Armando Uribe, David Rosenmann-Taub o Stella Díaz Varín? José Ortega y Gasset nos dejó un anzuelo del que todavía colgamos, como lo demuestran muchos trabajos histórico-literarios actuales que mantienen la división en épocas y periodos, aunque ya no se remitan a la teoría de las generaciones o las sitúan en un lugar

secundario. Como en muchos otros 'temas de nuestro tiempo' (la actualidad de don Quijote en el campo estético, la rebelión de las masas, la relación entre ideas y creencias, el proyecto de España como nación, la relación entre filosofía y ciencia, entre otros), la teoría de las generaciones orteguiana todavía sigue ahí polémica y punzante, para recordarnos que la reflexión sobre nuestra realidad y nuestra creatividad no envejece, solo se transforma.

REFERENCIAS

- Allende, F., Lastra, P. & Goic, C. (1960). *Estudios de lengua y literatura como humanidades. Homenaje a Juan Uribe Echevarría*. Santiago de Chile, Seminario de humanidades
- Anderson Imbert, E. (1954). *Historia de la literatura hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Arrom, J. J. *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Estudio de un método*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1963.
- Fernández, M. (1994). *Historia de la literatura chilena* (dos tomos). Santiago de Chile, Editorial Salesiana.
- Fernández, M. (2007). *Historia de la literatura chilena*. Santiago de Chile, Editorial Don Bosco.
- Goic, C. (1960). "La novela chilena actual: tendencias y generaciones". *Estudios de lengua y literatura como humanidades*. Santiago de Chile, U. de Chile.
- Goic, C. (1968). *La novela chilena. Los mitos degradados*. Santiago, Editorial Universitaria.
- Goic, C. (1972). *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

- Goic, C. (2009). *Brevísima relación de la historia de la novela hispanoamericana*. Madrid, 2009.
- Goldmann, L. (1976). *Cultural Creation*. St. Louis, Telos Press, 1976.
- Henríquez Ureña, P. (1949). *Las corrientes literarias de América Hispánica*. México.
- Henríquez Ureña, P. (1960). *Obra crítica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Jofré, M. (2010). La historia y las periodizaciones de la literatura latinoamericana y chilena en el siglo XX. *Mapocho Revista de Humanidades*, 67 (1), 285-296.
- Lastra, P. (1963). Notas sobre el cuento hispanoamericano del siglo XIX. *Revista Mapocho*, 2, pp. 197-217. Disponible desde: <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtieneimagen?id=documentos/10221.1/46253/1/253905.pdf>
- Lastra, P. (1972). *El cuento hispanoamericano del siglo XIX: notas y documentos*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Montes, H. & J. Orlandi. (1955). *Historia y antología de la literatura chilena*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico.
- Neruda, P. (1958). *Estravagario*. Buenos Aires, Losada.
- Ortega y Gasset, J. (1923). *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente S.A., 1923.
- Ortega y Gasset, J. (1959). *En torno a Galileo. Esquema de las crisis*, Madrid, Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1964). *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, Madrid, Espasa-Calpe
- Ortega y Gasset, J. (1971). *Historia como sistema*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Parra, N. (1954). *Poemas y antipoemas*. Santiago, Nascimento.
- Portuondo, J. A. (1958). *La historia y las generaciones*. Santiago de Cuba.
- Promis, J. (1977). *La novela chilena. Orígenes y desarrollo*. Buenos Aires, Fernando García Cambeiro.

- Retamar, R. F. (1975). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*. La Habana. Casa de las Américas.
- Retamar, R. F. (1995). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*. Santafé de Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Reyes, A. (1963). *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. En: *Obras completas*, Vol. XV, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Fernández, M. (1967). *El Modernismo en Chile y en Hispanoamérica*. Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Rojó, G. (1972). *Los orígenes del teatro hispanoamericano contemporáneo. La generación de dramaturgos hispanoamericanos de 1927. Dos direcciones*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Silva Castro, R. (1961). *Panorama literario de Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Villegas, J. (1980). *Estudios sobre poesía chilena*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento
- Villegas, J. (1984). *Teoría de historia literaria y poesía lírica*. Ottawa, Girol Books.
- VV.AA. (1985). *Historia ilustrada de la literatura chilena* (dos tomos), Santiago de Chile, Editorial Zig Zag, 1985.